

Situada en la llanura de Sittim, el pueblo veía siempre un espectáculo que codiciaba. El Jordán era lo único que los separaba de una tierra mejor aún que la que ocupaban. Además, creían que aquella tierra les había sido prometida por el dios de sus padres. Frente a Israel, la importante ciudad de Jericó les parecía un reto. Aquellas antiguas razas apasionadas no hallaban diferencia entre su deseo y el deber. El rey moabita Mesa no hacía ninguna conquista que no le hubiera mandado su dios Camos. Es probable que Jehová varias veces mandase a los israelitas atravesar el Jordán mediante indicios que se consideraban decisivos. La tierra que Israel tenía enfrente es un talud de veinte leguas de espesor en su base, que separa al Mediterráneo del agujero profundo por donde corre el Jordán. Su altura sobre el Mediterráneo es de unos 1.000 metros, y sobre el Mar Muerto y el Bajo Jordán, de 1.400, porque la profundidad del desgarrón jordánico es allí muy considerable. El pie de las pendientes no llega hasta el Mediterráneo ni hasta el Jordán. Prolongando los canales del Mediterráneo se extienden al Oeste llanuras cultivables, como el Sarón. Por la parte del Jordán, las estribaciones caen abruptamente, a cuatro o cinco leguas del río, y al pie se ha formado una llanura de aluvión, que a simple vista parece que sea un manantial de riqueza para el país, lo cual no es cierto. Esta llanura, llamada Ghor, es insalubre y nunca ha tenido representación considerable en la historia del país. Israel, por otra parte, no tenía tendencia a aproximarse a la ribera. El Sarón perteneció siempre a las razas cananeas. La cuesta redondeada que se extiende entre el Sarón y el Ghor fue escenario de la asombrosa historia que vamos a relatar.

Del mismo modo que el país de Galaad es, naturalmente, alto para la

vida pastoral, la Palestina cisjordánica es a propósito para la agricultura y la vida urbana.

Es imposible juzgar estas cosas con nuestro ideal europeo de tierras negras y profundas, regadas constantemente y cubiertas de rico verdor. Aquella Palestina de apariencia árida es muy rica a su modo, y a unos pobres hambrientos que venían de Arabia se lo debió de parecer aún más. Allí esperaban la vid, la higuera y el olivo; no es escaso el trigo y no falta el agua. Hace poco frío, en invierno llueve bastante, y en cualquier tiempo se soporta el calor. Ninguna población grande se hubiese desarrollado en aquellas alturas, privadas de anchas corrientes de agua, pero un pueblo agrícola, formado en centros pequeños y próximos entre sí pudo encontrar esas condiciones esenciales de felicidad material sin la que no puede evolucionar una sociedad humana.

Los pueblos cercanos que, según parece, ocupaban ya el país cuando pasaron por primera vez los hebreos, habían perdido en gran parte su vigor. Los amorreos se habían extenuado dejando toda su fuerza al Este del Jordán. Los hittitas de Debir Kiriath-Sefer, de Kiriath-Arba o de Hebrón, ya no eran tan importantes como en el tiempo en que su nombre pudo designar exageradamente para los egipcios a toda Siria. Las victorias de Ramsés los habían empequeñecido mucho. Los hiwitas seguían viviendo pacíficamente en Gabaón y por la parte de Siquem. Poco se sabe de los perizzitas, pues no sabemos siquiera si poseían territorio fijo. Los gergeseos vivían conjuntamente en su ciudad de Gergesa, a orillas del lago de Genezareos. Los jueces eran mucho más poderosos: su territorio era poco considerable, pero su ciudad de Jebus o Jerusalén pasaba por un lugar muy fuerte.

Entre estas poblaciones cananeas, establecidas regularmente en ciudades, peregrinaban nómadas sin domicilio fijo, como los amalekitas, y otros, míseramente, sin casa ni hogar, como los gitanos. Quedaban supervivientes de los antiguos pobladores autóctonos, anteriores a los cananeos (*Emim, Zomzommim o Zuzim, Enakim*), con individuos de alta estatura que se creía encontrar en ciertos puntos determinados. Pero la imaginación popular gusta de crear dichos gigantes. Estos *enakim* estaban rodeados de leyendas: se los llamaba a veces *refaim* (muertos, gigantes, fantasmas o héroes). Una llanura al Suroeste de Jerusalén tenía su nombre y se los confundía con las razas titánicas a las cuales se suponía enterradas bajo las aguas.

Los cananeos hablaban, como hemos dicho, la misma lengua que la de los sidonios o fenicios, y parecida, por lo tanto, a la hebrea. Estos pueblos no empleaban la escritura, pero nos queda una muestra cierta y considerable de su idioma, que son los nombres de las poblaciones, que cambiaron los israelitas. Incluso los de Jerusalén y Sion parece que pertenecen a esta prehistoria. Lo mismo puede decirse de los nombres de los ríos y montañas, y de las palabras que designaban cosas características del país.

Aun siendo de la misma raza que las gentes de la costa que tanta celebridad alcanzaron con el nombre de fenicios, y que los cananeos de

África o cartagineses, los cananeos del interior tuvieron una civilización muy inferior a la fenicia y cartaginesa. Es extraño que, desde ciertos puntos de vista, se pareciesen más a los cartagineses que a los fenicios. Los objetos de adorno y del culto procedían de las poblaciones fenicias de la costa. Hay que exceptuar a los habitantes de Lais, al pie del Hermon, porque vivían tierra adentro al estilo sidonio, es decir, con bienestar y lujo sostenidos por la industria. Todos los restos arqueológicos que de los cananeos nos quedan, en el Estado actual de Palestina¹, son rudos. El aspecto de una población cananea era muy parecido a lo que es hoy cualquier localidad pobre de Siria. Las construcciones de gran aparato escaseaban, si es que hubo alguna.

También el culto de los cananeos se parecía al de los fenicios, sobre todo al de los cartagineses. Según datos egipcios, Baal y Sydyk eran los dioses supremos de los khetas, y Sydyk se entrevé efectivamente en los nombres de los reyes jebuseos Malkisedeq y Adomisedeq. Baal se desdoblaba en una hipóstasis femenil, Astoreth o Astarté, diosa de Amor y voluptuosidad, origen de la Afrodita griega. Se la llamaba Asera, o sea la venturosa. Sus imágenes y sus símbolos abundaban en todo el país. Los cultos de Baal y de Astarté se practicaban especialmente en las cúspides de las colinas (en medio de bosquecillos sagrados y de árboles verdes), que se llamaban *bamoth* o lugares altos. Se encuentran muchos en Fenicia, sobre todo en tierra de Tiro, en el territorio de la antigua tribu de Aser. La prostitución sagrada y la costumbre de pasar por el fuego a los recién nacidos eran base de este culto horrible para los hebreos nómadas, que, sin embargo, lo imitaron cuando se hicieron sedentarios, lo cual prueba que sólo los había librado de esto la tienda.

Aparte de los lugares altos cananeos, había sitios de culto de origen desconocido, como Betel, Siquem, el Garizim, algunas localidades de Galaad y ciertos sitios llamados Galgal, que adoptaron los hebreos complacidos, porque se los consideraba muy antiguos, y se contaba que sus padres habían sacrificado en ellos. El título que más reclamaron los israelitas para defender su propiedad en Palestina, fue una especie de constitución de Jehová, considerado Dios de Betel. Era una cosa muy adecuada al espíritu de la antigüedad, al entrar en un país, el adoptar el dios local y tratar de servirlo según sus aficiones. Lo que entristece a David, cuando teme el destierro, es verse obligado a ofrecer sacrificios a dioses distintos de Jehová. Más adelante, queriendo el sirio Naamán hacer en Damasco sacrificios a Jehová, solicitó llevarse dos mulos cargados de tierra cananea, porque sólo en esta tierra puede ofrecerse a Jehová el sacrificio.

Verdaderamente aquel mundo cananeo representaba una forma de sociedad humana bastante mediana. Le faltaba una organización central. Cada fuerte tenía un *melek* o rey, jefe militar cuya autoridad era válida sólo en dos o tres leguas. Ciertos pueblos como el gabaonita, forma-

1. Sobre esto, los lectores deben tener presente cuándo Renan escribió esta obra, publicada durante los años 1888 a 1892. (N. del t.)

ban confederaciones de algunas leguas de extensión. Cada pueblo confiaba en sus fortificaciones. Aunque ya no existen ninguna de estas obras militares, siente la impresión de ellas ante los innumerables cerros de Palestina, con la cima cubierta de ruinas.

Era variable la resistencia de los pueblos cananeos, según vivieran en la montaña o en la llanura. En la montaña, sucumbieron casi todos los cananeos bajo el esfuerzo de los israelitas: en las llanuras se defendieron vigorosamente. La causa de esta diferencia consistía en los carros de guerra, cubiertos de hierro, que poseían los indígenas, y que no tenían los invasores. Estos carros, terribles en la llanura, eran inútiles en la montaña. El cananeo no tenía allí más defensa que los muros de sus ciudades. Los israelitas no tenían una poliorcética sabia. Sitiaban, aguardaban, y entraban finalmente en las poblaciones, por sorpresa o por traición.

Ni los cananeos ni los asaltantes debían de tener caballería, en el sentido que hoy se da a esa palabra. El valor personal por ambas partes consistía en ese ímpetu furioso, excitado a veces artificialmente, que hoy constituye la fuerza del árabe. Parece que era mayor y más obstinado el valor de los israelitas.

Por ambos lados era igual la crueldad. Toda la antigüedad fue cruel y veía en la crueldad una ventaja que no quería perder. La ferocidad es una de las fuerzas de los bárbaros, y se retrocede ante ellos por temor a sus atrocidades. La característica principal de la estrategia de los cartagineses era aterrorizar al enemigo con suplicios. La costumbre de cortar dedos de las manos y los pies a los vencidos era muy corriente entre los cananeos. Uno de sus tiranelos se jactaba de haber visto a setenta reyes, mutilados de este modo, recoger lo que se caía de su mesa.

Los israelitas eran crueles, según sus textos, a causa de su sistema religioso, por una especie de puritanismo moral de indignación ante los crímenes que cometían los indígenas. Eso fue, sin duda, una exageración de los historiógrafos posteriores. No parece que los invasores planearan el exterminio como acto piadoso, ordenado por Jehová. En muchos casos hubo acuerdos entre las dos razas. Los cananeos aceptaron una situación similar a la de los *raías* bajo los musulmanes. No se conoce ninguna rebelión. En tiempo de los Jueces hubo guerras contra los filisteos, amonitas, etc., pero no contra jebuseos, hivvitas, etc. Las primeras guerras, llamadas de Josué, fueron espantosas. Una vez conseguida la victoria, todos los habitantes varones de raza cananea fueron muertos, todos los reyes degollados, y crucificados los cadáveres. La ferocidad humana se convertía en un pacto, en un voto hacia la divinidad. Se hacían juramentos de exterminio, prohibiéndose la razón y la piedad. Se decidía la muerte de una ciudad, de un país y se hubiera creído agraviar a Dios no cumpliendo tan horrible acción. Se contaban crueles ejemplos de venganzas tomadas por el dios contra quienes no cumplieran tan odioso compromiso.

Existe un gran contraste entre esas costumbres de pieles rojas, reproducidas con espantosa sinceridad en la antigua historia israelita, y el

sistema de vida patriarcal, tan noble y humano, puro, trazado en el Génesis. Dicho sistema es demasiado ideal para creer que no ha sido embellecido; pero indudablemente la vida de la tienda, en los países semíticos o semitizados, siempre fue preferible a la vida de las ciudades. Una nación que tiene una tierra que conquistar o que defender es siempre más cruel que la tribu que no está apegada a una tierra, y por esto, gente que fue excelente cuando vivía en familia, se vuelve mala en cuanto forma un pueblo. Parece, además, que al complicarse la vida antigua se originaron crueles durezas. Las naciones al nacer son feroces, y allá por 1200 o 1300 antes de J.C., empezaban a nacer las naciones en Oriente. Los principios verdaderos en la época patriarcal no tenían ya aplicación. Las bases de la justicia habían cambiado. Lo esencial en el mundo de la vida pastoral se convirtió en contrasentido en un siglo de hierro, en el cual el hombre honrado tenía que ser forzosamente una víctima.

Es imposible decir si Josué tuvo mucho más realidad histórica que Jacob; pero ciertamente el buen Jacob se hubiera indignado al contemplar muchos actos de Josué, tomados como gloriosos más adelante. Jacob, en su lecho de muerte, dicen que maldijo a Simeón y a Leví por ciertas fechorías, que, comparadas con las de la conquista, eran ciertamente faltas moderadas.